

La revisión crítica de las religiones: camino para recuperar su dinamismo y relevancia en el contexto del pluralismo y de los cambios globales.

Aporte al Foro Religiones y Paz del Foro Social Mundial (Dakar, febrero 2011).

Geraldina Céspedes, op
República Dominicana-Guatemala
dissgeral@gmail.com

0. Las religiones ante la búsqueda del buen vivir de las personas y la tierra

Estamos viviendo en una época privilegiada y densa en la cual se está dando no sólo un cambio en la conciencia de la humanidad sino también una metamorfosis de la religiosidad. Los registros religiosos ya no son los mismos. Los y las creyentes de las distintas religiones de la humanidad o participamos de este flujo de vida y de cambio o simplemente nuestras religiones se atrofiarán y dejarán de ser significativas para un mundo en búsqueda y en proceso de transformación.

Sin embargo, el que las religiones se atrofién y en cierto sentido, hasta mueran, no tendría que preocuparnos, pues ellas no están para buscarse a sí mismas ni para preocuparse por su futuro, sino que ellas están para iluminar el camino de la humanidad ofreciendo sentido y orientación. A las religiones se les puede aplicar lo que decía Jesús respecto al peligro de buscarse a sí mismo. Parafraseando, entonces, las palabras de Jesús, se podría decir: *“religión que se busca a sí misma, se pierde. Pero la que se pierde en su lucha por la justicia y la paz en el mundo, se gana”*.

Desde este punto de vista, las religiones tienen que cuestionarse sobre **a qué causa** sirve lo que ellas predicán y proponen, **a quién** sirve y **qué están ofreciendo** para la construcción de otro mundo posible. Tienen que interrogarse respecto a su papel como instancias llamadas a levantar una crítica y ofrecer una alternativa a la construcción de un mundo distinto. Aunque muchas veces ellas han jugado el papel de legitimadoras y multiplicadoras de los valores propugnados por el sistema, en esta hora histórica han de reencontrar su llamada fundamental a ser **deslegitimadoras** y **trastocadoras** de un orden establecido que no garantiza la vida digna de las mayorías ni tampoco la sustentabilidad del planeta.

Podríamos analizar muchos aspectos que conciernen a la cuestión de religiones y paz. Así, tomando en cuenta que la paz está en relación dialéctica con la violencia, podríamos hacer una revisión histórica haciendo un balance respecto a cómo las distintas religiones han contribuido o frenado la búsqueda de la paz o cómo, en diversas circunstancias históricas, las religiones no sólo han obstaculizado la paz entre las personas, los pueblos y las mismas religiones, sino que, lamentablemente, muchas de ellas también han destacado como agentes de la guerra.

Las religiones, si quieren ser relevantes y significativas en el contexto actual tienen que pasar por el crisol y emprender un proceso de purificación seria, pues en ellas se han infiltrado muchas doctrinas y prácticas colonialistas, imperialistas, excluyentes y androcéntrico-patriarcales. Ellas han de dar un salto y redefinir y reorganizar su mismo sistema de creencias, sus mitos, sus prácticas, sus rituales y sus doctrinas.

Propongo cuatro puntos para ayudarnos en el debate respecto a ese cambio radical hacia el que tendríamos que encaminarnos todas las religiones.

1. Autocomprensión de las religiones: de depósitos estancados a fuentes en movimiento

La búsqueda de sentido es una de las cuestiones insoslayables de la condición humana. Las religiones buscan dar respuesta de distintas maneras a esa gran interrogante de los seres humanos. La realidad actual evidencia cómo lo religioso no es una cuestión que los seres humanos y las sociedades hayan aparcado o que haya pasado de moda. Al contrario, podemos decir que hoy asistimos a una **efervescencia de lo religioso**. Contra lo que se vaticinaba décadas atrás cuando se creía que el avance de la secularización iba a eclipsar lo religioso o en algunos casos lo iba a desterrar, hoy constatamos que hay un creciente interés por las cuestiones religiosas o pseudo-religiosas.

Tal situación tiene que hacernos pensar a las personas que militamos en las religiones, pues dependiendo de cómo las religiones se planteen su responsabilidad ético-transcendente van a servir a la causa de la liberación o van a anestesiarse las conciencias de las personas. Puesto que las ideas y las imágenes religiosas penetran todos los rincones de nuestra vida personal y social, hay que reconocer que las religiones juegan un papel importante en la configuración de un nuevo orden mundial. Para ello las religiones tienen que saber ubicarse en este contexto global y tienen que revisar de qué manera su autocomprensión **posibilita** o **imposibilita** el paso hacia un mundo nuevo de justicia y paz.

¿Qué visión o autocomprensión religiosa obstaculiza el camino hacia la paz? ¿Qué han de plantearse las religiones en orden a ser fecundas para nuestro mundo y para que sean el agua fresca que ayude al florecimiento de la vida en todas sus formas? Tenemos que admitir que hay muchas ideas religiosas, creencias y visiones teológicas que marchitan la vida en vez de potenciarla. Las distintas religiones tienen que dar el paso hacia nuevas formas de autocomprenderse e interactuar **en** el mundo y **con** el mundo. Por eso propongo una revisión crítica y autocrítica como camino para que las religiones se abran a una perspectiva pluralista desde la que aporten lo mejor de sí a la transformación de nuestra historia y desde ahí también ellas mismas se recreen y revitalicen.

Este taller quiere ayudarnos a ver la necesaria transformación que se ha de dar en las entrañas mismas de las religiones para que ellas, desde su anclaje en la experiencia trascendente, puedan desarrollar mejor su misión de ser inspiradoras de una nueva manera de vivir nuestras relaciones como humanos y con la creación entera. Queremos apuntar no hacia un cambio de la fachada o a hacer algunas reformas, sino hacia **un cambio radical** que ha de partir de un cuestionamiento a los mismos cimientos teológicos en que se sustentan las distintas tradiciones religiosas.

Tomando en cuenta que, de alguna manera, todos y todas participamos consciente o inconscientemente, explícita o implícitamente, de algún tipo de práctica religiosa, es necesario ir a los cimientos más profundos de los sistemas de creencias y las cosmovisiones que mueven a las personas y a los colectivos. Dentro de este proceso de búsqueda de la otro mundo posible, un mundo de la vida buena en el que todos y todas quepamos, la revisión de los fundamentos teológicos y de las visiones que dan sustento a las religiones constituye una tarea urgente y una cuestión crucial, pues **las religiones ejercen un poder** innegable sobre las conciencias de las personas y los pueblos.

La cuestión es a **favor de qué y de quiénes está ese poder** que las religiones tienen. Cada religión tendrá que emprender un éxodo que le lleve a pasar por el desierto de la deconstrucción para reconstruirse y buscar en su propio pozo aquellos principios y aquellas actitudes encaminadas a dar respuesta a los desafíos del mundo y a la búsqueda de la paz dentro de las religiones, entre las religiones y con el mundo en general y el cosmos. Todos estos ámbitos de construcción de la paz están interconectados. La preocupación por la paz ha de abarcar cada una de esas dimensiones. Pero, ¿cómo encaminarnos hacia ello? ¿Cuáles serían los presupuestos teológicos comunes que nos ayudarían?

Las religiones han de tener una postura autocrítica para detectar en qué ellas se han quedado ancladas y estáticas. Ellas han de estar vigilantes para no convertirse en depósitos estancados, sino mantenerse como fuentes en movimiento. El mundo, la sociedad, la ciencia han ido evolucionando, pero muchas veces las religiones se han quedado “congeladas” en aspectos que en su momento histórico respondían a una coyuntura o a una visión determinada del mundo. Por eso las religiones han de ser conscientes de que su vida, su dinamismo y su relevancia para nuestro mundo va a depender de su capacidad de **desprogramarse** y **reconfigurarse** de una manera nueva.

Todo cambia y todo evoluciona en la vida, pero a nivel religioso nos cuesta evolucionar porque tendemos a dogmatizar y establecer como principios inamovibles cuestiones que respondieron a una coyuntura histórica concreta. Las religiones no pueden permanecer estáticas ante los nuevos signos de los tiempos ni ante los cambios que se están dando en el imaginario socio-religioso. Las religiones tienen que “cambiar de chip” y abrirse a las nuevas interpretaciones de lo sagrado que van surgiendo a medida que nuestra manera de vivir va cambiando. Si ellas quieren ser fieles a sus intuiciones originarias y a la vez significar algo para los hombres y las mujeres de hoy, las religiones tienen que **atreverse a reinventarse**.

2. “Matar nuestros dioses”: para cambiar de vida hay que cambiar de Dios.

Aunque ante la pluralidad religiosa en nuestro mundo se hace difícil atrevernos a plantear cuáles serían los principios teológicos comunes que las religiones deben potenciar y cuidar en orden a ser significativas y contribuir a la búsqueda de la justicia y la paz global, quiero señalar algunos elementos más directamente ligados a la cuestión teológica.

Ante todo las religiones tienen que atreverse a **revisar su imagen o su comprensión de la divinidad**, pues hay concepciones de lo divino que resultan peligrosas y dañinas desde la perspectiva de la búsqueda de un/a creyente adulto/a y desde el horizonte de la realización de un mundo justo e incluyente y desde la salud de nuestro planeta. Quizá las religiones tengamos que atrevernos a “matar nuestros dioses”¹. Hay que explorar y cuestionar cuáles son las imágenes y concepciones de Dios con que nos manejamos, tanto “para andar por casa” como en los discursos teológicos más elaborados. Y hay que atreverse a cambiar, pues, como nos dice Pedro Casaldáliga, “*Para cambiar de vida / hay que cambiar de Dios/ Hay que cambiar de Dios / para cambiar de Iglesia / Para cambiar el mundo /hay que cambiar de Dios*”².

Plantearnos la pregunta por la imagen de Dios desde la que funcionamos no es una cuestión ociosa e irrelevante, sino que se trata de un atrevimiento necesario y saludable al interior de las religiones mismas y para nuestro mundo. Las religiones necesitamos una alta dosis de honestidad y de valentía para adentrarnos en ello y atenernos a las consecuencias. En algunos casos, ello puede significar entrar en una profunda crisis, sentir que el suelo se resquebraja bajo nuestros pies o entrar en conflicto porque tocamos un cable de alta tensión que lleva a algún tipo de muerte en el seno mismo de nuestras tradiciones religiosas.

Dentro de esta revisión, las religiones necesitan confrontarse con algunas cuestiones cruciales que han contaminado la imagen de Dios. Así, por ejemplo, las religiones tienen que preguntarse de qué manera ellas han sido legitimadoras y multiplicadoras de prácticas y discursos racistas, clasistas, sexistas, militaristas, colonialistas o imperialistas. Las religiones tienen que hacer una “limpieza dentro de su propia casa” y atreverse a “echar al basurero” todos aquellos elementos que no forman parte de su esencia profunda y todos aquellos esquemas y elementos dañinos que se han incrustado en ellas.

La refundación de las religiones exige también un replanteamiento de la cuestión del **poder**. Todas las religiones son de alguna manera un poder y ejercen un poder. Aún aquellas religiones consideradas minoritarias detentan, aunque sea discretamente, algún tipo de poder. Las religiones tienen que preguntarse qué poder tienen, cómo lo ejercen y para qué o a favor de qué o quiénes lo ejercen. Y sobre todo han de preguntarse si ese es un **poder que oprime** o un **poder que libera**; si es un poder que impulsa hacia la vida buena,

¹ Este es el título del libro póstumo que Mardones nos ha dejado como su testamento espiritual (Cfr. JOSÉ MARÍA MARDONES, *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*, Madrid, PPC, 2006).

² PEDRO CASALDÁLIGA, *Agenda Latinoamericana 2011*, pág. 2.

la vida en plenitud de todas y todos o es un poder que lleva al raquitismo y al subdesarrollo de las personas, los pueblos y todos los seres vivos. En definitiva, la pregunta que tenemos que hacernos es si las religiones están **empoderando a las personas y a los grupos** para que desde sus visiones espirituales sean sujetos críticos y comprometidos, capaces de transformar la realidad en que viven.

Hay que tomar en cuenta que todo esto tiene que ver también con la imagen de Dios como poder. De esa **imagen de Dios como poder** se desprenden una serie de prácticas y posturas de las religiones tanto para con los mismos miembros de las religiones como para el conjunto de la sociedad. Así, por ejemplo, en base a ese poder, una religión se puede constituir, y de hecho muchas veces se constituye, en fiscalizadora de las prácticas de los ciudadanos y ciudadanas, especialmente en lo que concierne a cuestiones de moral. A partir de la concepción de Dios como poder (el Todopoderoso) se justifican como normales las relaciones jerárquico-kyriarcales que dejan fuera a las mujeres de las estructuras y de los ámbitos de mediación/representación de lo sagrado. Esa misma concepción es la que también está a la base de la opresión de los más débiles y de las relaciones de dominio y explotación de la naturaleza. Entonces, esa visión de Dios como poder tiene que ser revisada y reinterpretada.

Debido a una concepción inadecuada del poder de la divinidad, muchas religiones gastan sus energías más en ser controladoras y represoras que en lo que en verdad ha de ser su papel de cara al mundo: ser una fuente donde las personas van a beber y a nutrirse para encontrar sentido a sus vidas; ser inspiradoras de paz y tejedoras de comunión entre las personas y de éstas con el cosmos; ofrecer orientación ante las muchas desorientaciones que padecemos; la búsqueda de sentido en medio de los sinsentidos de nuestro mundo; en fin, ofrecer un horizonte utópico y esperanzador que, aunque apunta más allá de nuestra historia, no se desentiende de los avatares de nuestra realidad, sino que empieza a construir aquí y ahora esa otra realidad posible.

3. **“En el principio era la pluralidad”: La acogida al pluralismo: un salto en la evolución de las religiones.**

Todas las religiones tienen que encarar el desafío de aprender a **convivir con la pluralidad**. Aunque constatamos diversas manifestaciones de la realidad (incluida la realidad divina) que nos permite afirmar que *“en el principio era la pluralidad”*, el pluralismo como un sello fundamental de nuestro tiempo, aún no ha recibido una bienvenida abierta por parte de las religiones. Más bien, frecuentemente se nos ha presentado el pluralismo como dificultad o riesgo para la fe. Las religiones todavía tienen un largo camino para aprender a ver la pluralidad no como un problema o una amenaza, sino como una posibilidad y un desafío, como una riqueza y un camino de crecimiento. Ellas tienen que acoger con gozo y esperanza esa biodiversidad religiosa, la

multirreligiosidad. Esto implica cultivar una postura respetuosa y reverente ante la diversidad de lenguajes, símbolos, ritos y formulaciones en que se puede expresar la experiencia del Misterio y la dimensión ético-liberadora que está llamada a ejercer toda religión.

De esta manera, la acogida del pluralismo representaría un salto en la evolución de las religiones y poseería, además, una fuerza testimonial de cara al mundo. En medio de las distintas exclusiones y divisiones, las religiones están llamadas a ser una instancia crítica y alternativa por su práctica de la tolerancia, el entendimiento, el diálogo y el trabajo conjunto por la justicia y la paz. Además, la visión teológica pluralista es condición indispensable para que se dé un auténtico diálogo intrarreligioso e interreligioso.

Pero, para llegar a una convivencia pacífica y a asumir la pluralidad como posibilidad (como don y tarea a la vez) son necesarias unas cuestiones previas, unas actitudes nuevas y una nueva manera de ser de cada religión.

Dentro de esas cuestiones previas considero que es necesario despojarnos de cualquier postura con olor a **superioridad**, posturas cerradas, dogmatismos, moralismos, fundamentalismos y prepotencia. Para caminar con soltura y llegar a la cima está claro que tenemos que aligerar el equipaje que a lo largo de la historia las religiones hemos hecho cada vez más pesado. Entonces, si queremos avanzar por el camino de la paz, las religiones tenemos que situarnos desde una actitud **humilde**, volviendo al *humus* (inclinarnos hacia la tierra), a lo esencial, despojándonos de los muchos y pesados accesorios que nos impiden llegar descalzos y desnudos ante la otra y el otro.

Las religiones tienen que adentrarse por el camino del pluralismo no por razones de conveniencia o porque la realidad y la coyuntura histórica nos empuja a ello, sino que han de asumirlo como su **actitud vital y como su horizonte de comprensión**, basándose en cuestiones teológicas, pues es la esencia misma de la divinidad con su carácter inagotable e inapropiable la que nos remite a acoger el pluralismo como gracia y como actitud creyente, como apertura a un Misterio que nos desborda y que no se deja atrapar ni privatizar por ninguna estructura religiosa. Precisamente es el reconocimiento de la presencia universal del Misterio lo que nos conduce a acoger el pluralismo y a trabajar desde la cooperación por un mundo transformado y en paz.

Las religiones tienen que superar las tentaciones de **absolutismo** o el complejo de “**elegidas**” que se torna en complejo de superioridad que tiende a excluir o a minusvalorar otras expresiones religiosas. Contra las tendencias absolutistas, las religiones han de desarrollar una actitud humilde, pues en ellas existen limitaciones y se puede afirmar que ellas tienen un carácter contingente y son transformables, pues absoluto e infalible sólo es Dios. Esto llevaría a que las religiones abandonen las posturas y afirmaciones rigoristas y absolutistas; ayudaría a crecer en libertad en vez de reforzar los mecanismos de control de las conciencias de sus fieles; posibilitaría el surgimiento y fortalecimiento de los sujetos, encaminándolos hacia una vivencia adulta de fe y no infantilizándolos.

Las religiones tienen que colocarse a la altura de la actual conciencia planetaria que es reacia a posturas exclusivistas y absolutistas. Han de conducirse desde la convicción de que ninguna religión tiene la exclusiva de Dios ni la exclusiva de la verdad. También tienen que preguntarse si no sería la hora de pasar de un Dios local a un Dios global, dejando en el trastero la imagen y la visión de un Dios particularistas (un Dios tribal, un Dios propiedad privada) que excluye y castiga a quienes no forman parte de “*los elegidos*”.

Las religiones han de **potenciar la conciencia de la alteridad**, pues el verdadero acceso al misterio pasa por el reconocimiento y la aceptación del otro y la otra. Han de colocar esta acogida de la alteridad como un principio teológico que nos lleva a actuar de tal manera que, en vez de la imposición sobre los otros y otras, crezcan en respeto reverencial por el misterio de la otra y el otro y por sus manifestaciones espirituales. Esta conciencia de la alteridad constituye un horizonte válido que tenemos que fortalecer de cara a nuestra relación con la madre tierra en estos tiempos de crisis ecológica.

Es importante que cada religión sepa integrar también **el choque de la alteridad**. Al acercarnos al otro/a diferente, que tiene una comprensión y formulación distinta de lo sagrado, nos podemos sentir sacudidos y escandalizados. Ese escándalo lo superamos cuando adoptamos una actitud de no aversión y desapego que nos lleva a no aferrarnos a lo nuestro como lo único válido y verdadero, sino que nos hace vivir en una actitud abierta y dialogante, viendo al otro/a como compañeras y compañeros de camino en esa búsqueda del Absoluto y de un mundo acorde al sueño suyo para la humanidad.

Las religiones hoy día tienen que cultivar un sentido de **interconexión** con todos los buscadores y buscadoras de sentido. Se trata de hacer del caminar que vamos haciendo una experiencia cordial, ayudándonos mutuamente a ser coherentes con los principios más auténticos de la propia tradición espiritual. Se requiere de un nuevo espíritu y una nueva sensibilidad para gestionar nuestras diferencias sin hacer de ellas **un muro** que nos separe, sino **un puente** para cruzar los abismos establecidos por el sistema dominante y por los dogmatismos y fundamentalismos religiosos.

En este contexto global, las religiones no pueden cerrarse sobre sí mismas, sino que ellas deben ser extrovertidas, saliendo de sí mismas y volcándose hacia las fracturas y clamores de nuestro mundo, renunciando a sus afanes proselitistas, a la competencia y a la rivalidad. Las religiones tienen que ser generadoras de nuevas relaciones; ser reconciliadoras y mediadoras de conflictos, en vez de ser creadoras de nuevos conflictos y confrontaciones. En mi opinión, esto ha de brotar de la revitalización de su raigambre místico-profética.

4. La urgencia de recuperar las entrañas místicas y proféticas de las religiones.

Otro elemento importante es la **recuperación de las entrañas místicas y proféticas** presente de alguna manera en todas las religiones. Para hacer realidad el sueño de un mundo en paz, cada religión ha de recrear su horizonte utópico y hacer un esfuerzo por entretrejer todas esas utopías. La convivencia en paz forma parte de la visión utópica de todas las religiones. Todas ellas, a su modo, sueñan y anhelan la paz. Seríamos una gran fuerza si nos uniéramos y empujáramos juntos hacia esa utopía.

La revitalización del sustrato místico-profético presente en las religiones ofrece al compromiso por la paz y la integridad de la creación los resortes que le puedan sostener y hacer una acción sostenida y duradera. Esta reactivación del sustrato místico y profético supone que las religiones hagan un ejercicio de **bajada al fondo** en una doble dirección: bajar a la fuente, al pozo más profundo de donde ellas han brotado para confrontarse con su sueño y su intuición original y reaprender el camino de vuelta a casa que le llevará a recrear lo esencial de su tradición religiosa en el contexto de hoy. Por otro lado, significa bajar al fondo de la realidad de quienes están hoy en los bajos fondos de la sociedad. La credibilidad de las religiones hoy se juega en su compasión para con los que sufren (las personas y la madre tierra). Esto implica que los discursos de las religiones han de salir de la abstracción, del puritanismo y del elitismo para insertarse y ofrecer respuestas a las interrogantes vitales y cotidianas de la gente y a las grandes urgencias globales de nuestro mundo. Las religiones tienen que emprender un éxodo y bajar a enlodarse los pies en la realidad de los empobrecidos y empobrecidas.

Cuando las religiones bajan al fondo, a las raíces más profundas que constituyen la esencia de la fe, el camino hacia el diálogo y el compromiso interreligioso se allana. Pero cuando acentuamos excesivamente aquello que en nuestra religión muchas veces no es más que parte del ropaje, entonces el camino se nos hace cuesta arriba. De aquí la importancia de que las distintas religiones nos ayudemos mutuamente a hacer un proceso de purificación de aquellos elementos accesorios que impiden la comunión, el diálogo y el trabajo conjunto para transformar el mundo. Constatamos que las religiones nos estamos poniendo más de acuerdo en aquellos aspectos que forman parte de la esencia fresca y originaria de las mismas y en lo relativo a las cuestiones éticas que en aquellas que hemos convertido en doctrinas inamovibles. Podemos constatar que hoy día se aprecia una mayor sintonía respecto a la dimensión mística y ético-profética de las religiones.

En el contexto actual, es importante tomar en cuenta el debate respecto a la relación entre religión y espiritualidad. Hay que reconocer que **la espiritualidad va más allá de las religiones**, pues la religión tiene que ver más con un sistema institucionalizado de dogmas y credos con respecto a lo Trascendente que se expresa a través de ritos y liturgias, mientras que la espiritualidad es la comprensión personal y profunda de nuestra vida, de nuestra relación con lo Trascendente y de nuestro propósito como seres humanos en este mundo. La espiritualidad es el modo de entrar en relación con lo Sagrado, con el Misterio que

habita nuestra vida y el cosmos. A veces las religiones neutralizan o controlan las experiencias espirituales que tienen fuerza liberadora y transformadora. Por eso hay quienes proponen que hay que dar ese paso peligroso de la religión a la espiritualidad³. La espiritualidad envuelve la totalidad de nuestra visión del mundo y toca todas las dimensiones de nuestra vida: cómo asumimos los cambios vitales, institucionales y sociales, cómo concebimos lo que es éxito o fracaso, qué visión tenemos del hambre, de la pobreza, de la sexualidad, de la política, de la economía, de la relación entre hombres y mujeres, de nuestra relación con el cosmos, etc. Por eso, es posible encontrar a dos personas que pertenecen a la misma religión, pero tienen diferente espiritualidad. Y es posible que dos personas que pertenecen a diferentes religiones puedan compartir la misma espiritualidad⁴.

Tomando esto en cuenta, entonces tenemos que decir que cuando hablamos de pluralismo religioso hay que matizar que nos referimos no sólo a las distintas religiones, sino también a la pluralidad de **opciones espirituales** que pueden formar parte de un cuerpo religioso, pero que también pueden existir al margen de las religiones estructuradas. Este es un fenómeno creciente y que no podemos obviar a la hora de hablar de pluralismo religioso y a la hora de hablar del papel que compete a las religiones en el actual escenario mundial. De todos modos, las distintas opciones espirituales adoptadas por personas y grupos han de pasar el mismo examen que las religiones. Es decir, ellas también han de confrontarse con las exigencias que provienen de los grandes clamores y los sueños de la humanidad. Si las religiones y las distintas opciones espirituales quieren decir y hacer algo significativo para ayudar a la construcción de un mundo en paz, ellas no pueden obviar las preguntas que se desprenden de los grandes temas de la agenda global. Hoy día ellas no pueden darse el lujo de pasar de largo ante esas cuestiones.

Las corrientes espirituales de la humanidad encontrarán mayor vitalidad y pueden ser recreadas y renovadas en la medida en que hagan una bajada al fondo de lo más genuino de sí mismas; si ellas se mantienen abiertas a las grandes cuestiones que afectan hoy día a nuestra humanidad; si ellas se mueven al encuentro con las otras religiones y opciones espirituales, atreviéndose no sólo a dejarse cuestionar por ellas, sino también estando abiertas **a beber de otras fuentes** y a cruzar fronteras y derribar muros para que todos tengan libertad de acceso a todas las fuentes. Esta es la forma en que las religiones podrán fecundarse mutuamente y ayudarse a cumplir mejor su cometido de ser inspiradoras y alimentadoras de nuevas formas de relación entre los seres humanos y con el cosmos.

³ Véase por ejemplo JOAN CHITTISTER, *Ser mujer en la Iglesia. Memorias espirituales*, Santander, Sal Terrae, 2006, pág. 15.

⁴ Cfr. GERALDINA CÉSPEDES, *Buscando las fuentes de la sabiduría para regar nuestras vidas. Espiritualidad feminista en tiempos de globalización*. XVII Encuentro de Mujeres y Teología (Santander, 24-26 octubre, 2008), publicado en *Cultura para la esperanza*, N°. 74, 2009, págs. 39-49 (parte I) y N°. 75, 2009, págs. 38-45 (parte II).